
FERNÁNDEZ GONZALO, JORGE

La muerte de Acteón. Hacia una arqueología del cuerpo, Eutelequia, Madrid, 2011, 216 pp.

La filosofía contemporánea ha sufrido un proceso de naturalización recalitrante. La filosofía analítica se ha entregado prácticamente al discurso científico a este respecto, mientras que la filosofía continental se ha comedido un poco más, aunque también ha llevado su reflexión hacia regiones que antes se daban por supuestas. El libro que aquí nos disponemos a reseñar se ocupa de una de estas cuestiones filosóficas que sin ser nuevas toman una nueva dirección o dimensión con respecto a lo que hasta el momento había predominado. Se trata de la cuestión del *cuerpo*, que cobra una nueva importancia porque, eliminada de nuestras nuevas epistemologías la posibilidad del alma, el secreto de la humanidad pasa a jugarse en este territorio tan denostado por los dualismos, más o menos encubiertos, tan en uso en Occidente desde Platón (y quizás antes). Dualismo que un libro reciente, *La profundidad de los sexos*, de Fabrice Hadjadj, ha denunciado incluso en determinadas interpretaciones y prácticas pseudo-católicas.

La muerte de Acteón es, así, un ensayo a caballo entre la filosofía y la poesía que intenta repasar el pensamiento francés del siglo XX en torno al problema del cuerpo, llevándonos, lenta pero inevitablemente, a la conclusión ya anunciada desde el inicio: que el verdadero cuerpo no se puede enunciar desde el lenguaje científico o descriptivo, sino que sólo se hace palpable a través de formulaciones poéticas. De ahí el título del libro: “Acteón murió devorado por su propia locura, por su propia incapacidad de articular la palabra. (...) Ante un cuerpo indecible, sólo queda la locura, la animalidad, la muerte. No fue su belleza, no es la belleza de los dioses la que mata a los hombres sino la imposibilidad de articularla en palabras, el cuerpo indecible” (p. 122).

El itinerario seguido por Fernández Gonzalo, reciente finalista del premio Anagrama de Ensayo por su obra *Filosofía Zombi* (2011), es el marcado por el pensamiento respecto al cuerpo y el lenguaje de autores como: Foucault; Merleau-Ponty y Gilbert Durand;

Freud y Lacan; Deleuze, Guattari y Artaud; Jean-Luc Nancy; y Maurice Blanchot. En sucesivos capítulos se hace una exposición somera, esencial y unas veces más clara que otras, del pensamiento de cada uno de estos pensadores, que, posteriormente, se acompaña de aforismos filosófico-poéticos del autor, ganador del premio Hiperión 2004, a los que él llama *flujos*, tomando el nombre prestado de una afirmación hecha en una entrevista por Deleuze, según la cual: “escribir es un flujo entre otros, sin ningún privilegio frente a esos otros, y que mantiene relaciones de corriente y contracorriente o de remolino con otros flujos de mierda, de esperma, de habla, de acción, de erotismo, de moneda, de política, etc.” (cit. en p. 23).

El primer autor que se pone sobre el tapete es Foucault (que sobrenada en el resto). Se nos explica bien, captando sus ideas fundamentales en torno al cuerpo. Se nos muestra cómo su pensamiento deja un hueco, porque explica el cuerpo como algo construido culturalmente, desde nuestros discursos y relaciones de poder —algo que será la base del discurso de género que hoy está tan en boga—, desde las categorías de *cuerpo enfermo*, *cuerpo vigilado* y *cuerpo excluido*, mientras que, al unísono, permite intuir algo que está antes de esa re-creación, y a lo que nuestros saberes-poderes no son capaces de acceder. Por esta razón, en uno de los *flujos* de Fernández Gonzalo surgidos del contacto con el pensamiento de Foucault, leemos: “Debe abandonarse la idea de hombre para que sea posible pensar el cuerpo, aunque lo pensemos como una imposibilidad, imposibilidad liberándose y liberadora a un mismo tiempo. Decir el cuerpo es decir la libertad, libertad sin sujeto, extensión sin territorio y por lo tanto sin márgenes. Topografía de algo infinitamente impensable. No se trata, en ningún caso, de atentar contra los hombres, de anular los privilegios de la vida como discurso, como operación legislativa, como entramado y fisonomía de un derecho, sino de colarse entre sus intersticios y contemplar su andamiaje: bajo ese discurso, bajo su estructura y bóveda, el hombre aún no es hombre, ni mujer, ni niño, ni blanco ni negro ni cualquier otro, sino la diferencia que hace posible todo lo humano” (p. 62). He aquí la argumentación básica para el discurso de género comentado.

Como hemos comentado, poco a poco, a través del pensamiento seleccionado de estos autores, algunos de los cuales creemos

que disenterían bastante del planteamiento global de la obra (especialmente Merleau-Ponty y Durand), se nos va llevando a afirmaciones como que: “El lenguaje establece las coordenadas de la presencia, de la verdad, del poder. Nada de ello permitirá concebir el cuerpo: su existencia escapa a la capilaridad de la red que establecen el poder y la verdad; su presencia es antes una ausencia, un hueco que no puede decirse, que desbroza la relación entre lo visible y lo enunciable. Entonces, el único lenguaje que no es lenguaje, sino que atenta contra el lenguaje, que constituye su precipicio, su frontera, se levanta como único medio para escribir el cuerpo. Se trata, indudablemente, de la poesía” (p. 177).

Pese a que en los últimos compases de la obra aparece citado Derrida, entendemos que la asimilación de su pensamiento no hubiese dejado caer todo el discurso en una visión estrechamente heideggeriana del ser como algo que se sustrae a toda mirada, que es la nada, algo que quizás se hereda en Sartre, Foucault y en buena parte de la fenomenología y el post-estructuralismo francés, pero que en determinados autores como Derrida o Merleau-Ponty, más fieles, a su manera, a Husserl, es visto desde un punto de vista distinto.

Como he dicho en mi *Ensayo Z. Una antropología de la carne precedera* (2012), existe la posibilidad de pensar la humanidad como un imposible que de algún modo está presente en nuestra experiencia, como acontecimiento único, imprevisible, sin horizonte de espera, sin maduración teleológica, *roble sin bellota*. En este sentido, Derrida, en *El tiempo de una tesis*, estaría hablando de una sobrea-bundancia de la experiencia con respecto a lo esperable, de una fenomenológica superación de la fenomenología. Algo que, en cierto modo, se podría también atestar desde la *Fenomenología de la percepción* de Merleau-Ponty, donde éste nos habla de un cuerpo doble, esto es, de un cuerpo imposible que, entre otras cosas, nos permitiría levantar acta del propio cuerpo.

Así, frente al descoyuntamiento de la antropología propuesto por el filón anti-humanista en la filosofía occidental, creemos que se abre también la posibilidad de pensar lo humano como acontecimiento, como don, esto es, como algo imposible para nuestros discursos y nuestros lenguajes del ser, pero que queda perfectamente señalado en la experiencia. Por eso queremos acabar sugiriendo un

ahondamiento del tema desde esta nueva perspectiva derridiana, que afirma: “Un don sin intercambio calculable, un don digno de ese nombre no aparecería ni siquiera como tal al donante o al destinatario sin correr el riesgo de reconstituir, con la fenomenalidad y, por consiguiente, con su fenomenología, un círculo de reapropiación económica que anularía de inmediato el acontecimiento de aquél” (J. DERRIDA, *Canallas. Dos diálogos sobre la razón* (Trotta, Madrid, 2005) 178).

Jorge Martínez Lucena. Universitat Abat Oliba CEU
 jmartinez@uao.es

GALÁN, ILIA

Filosofía del Caos, Estética y otras Artes, Dykinson, Madrid, 2011, 275 pp.

Iliá Galán, licenciado en Filosofía en la Universidad de Navarra y Doctor en Filosofía del Arte por la Universidad Complutense de Madrid, es profesor titular de Estética y Teoría del Arte en la Universidad Carlos III de Madrid. Ha sido invitado como profesor en las universidades de Oxford, Harvard, la Sorbona o New York University, y es columnista habitual de periódicos como *El País*. Su obra es diversa: ha escrito tanto ensayos como obras poéticas y narrativas. Entre sus obras de corte más filosófico destacan *El Dios de los dioses (Ciencia del arte)*, 1993, *El romanticismo: Schelling o el arte divino*, 1999 y *Teorías del arte desde el siglo XXI*, 2005.

Filosofía del Caos, Estética y otras Artes está dividido en tres partes: “Filosofía en época de Caos, fundamentos de Estética y Teoría de las Artes”, “Algunas fulguraciones estéticas de la historia” y “Temas estéticos desde el presente y para el futuro”. El libro consta, además, de un prólogo y un epílogo que sirven como presentación y cierre de la obra.

En el prólogo el autor advierte a los lectores de que *Filosofía del Caos, Estética y otras Artes* no es un libro unitario. Se trata de un libro, como el propio autor indica en la primera línea del mismo, compuesto de “frutos que pertenecen a diferentes otoños y por tan-